



CAPÍTULO 1

La casa de Iglesiapinta

El coche de Elsa Otero atravesó Iglesiapinta sin detenerse. En su camino tan sólo se cruzó con la mirada curiosa de dos ancianas que regresaban de las huertas. Vadeó un pequeño arroyo y allí, a pocos metros, apareció la casa. A pesar de los años transcurridos permanecía inalterable en su memoria.

Construida en piedra roja, majestuosa y recia, se mostraba ante ella con las heridas propias del paso del tiempo y del abandono.

Elsa detuvo el coche y buscó en su bolso el sobre que contenía la llave. Antes de bajar echó un vistazo a través de la ventanilla hacia la fachada que lagrimeaba humedades y desconchones. Un nudo se formó en su garganta.

El viejo portón se abrió con suma facilidad a pesar del óxido. Al entrar, un fuerte olor a humedad y podredumbre la sacudió en la cara. Lo dejó abierto y se dirigió a la sala que había a su izquierda. Quedaban pocos muebles, algunos cristales estaban rotos y entre las vigas anidaban palomas, estorninos y gorriones. Al fondo se conservaba intacta la chimenea de ladrillo y en ella, aún se podían ver los restos de la última lumbre encendida allí por su tío Luis. Sobre la repisa seguían estando los tarros de cerámica donde la tía Manuela guardaba el tomillo y el romero para aromatizar guisos y armarios. Tras casi 30 años de abandono, la casa se conservaba en buen estado.





30 años. Ese era el tiempo que llevaba cerrada y la llave en manos de un administrador de Burgos a la espera de que Elsa, la heredera legítima de la casa y de una pequeña fortuna que su tío dejó en un banco argentino, tomara posesión de ella.

Después de 30 años la luz volvió a colarse entre aquellas paredes a medida que Elsa iba abriendo ventanas y contraventanas. A su paso, esa luz dibujaba franjas de polvo en suspensión.

Caminaba despacio de una sala a otra: del cuarto de estar al desolado salón, otrora suntuoso, vestido con cortinas de terciopelo, seda en las paredes y muebles de nogal. De todo aquello sólo quedaba polvo y harapos, a excepción de una estantería anclada a la pared que a fuerza de permanecer en la sombra se había tornando gris. Sorprendentemente ni la carcoma, ni la polilla, ni tampoco el moho habían dado cuenta de ella. El suelo de terrazo artesanal presentaba un buen estado, sin golpes ni mellas. Tan sólo una mancha de tinta negra que parecía haber penetrado en una de las baldosas afeaba el conjunto.

Al fondo estaba la cocina. Y allí, en el centro, permanecía hercúlea la mesa de mármol. La mesa donde las mujeres se juntaban para hacer dulces el día de la fiesta, morcillas y chorizos tras la matanza y buñuelos por los Santos; y lo hacían cantando y riendo. Los dedos de Elsa recorrieron la mesa dejando surcos de mugre tras de sí. Aún resonaban las canciones y las risas entre los pocos azulejos que permanecían pegados a las paredes. La mayor parte yacían en el suelo, hechos añicos, dando a las paredes la apariencia de una sonrisa desdentada.

Una puerta de roble conducía a la parte trasera de la casa. Estaba clausurada con dos tablones por el lado exterior. Las bisagras chirriaron al doblarse para a continuación caerse al suelo, dejando a Elsa con la puerta en las manos. Mantuvo el equilibrio como pudo hasta que logró apoyarla contra la pared, desprendiendo así los pocos azulejos que pendían de ella. Arrancó los tablones sin dificultad, pues la madera estaba podrida y se desmenuzaron al primer empujón. Dos escalones de ladrillo se hundían en la tierra roja, en lo que antaño fue un fértil huerto del que sus tíos se abastecían de verduras, hortalizas, legumbres y fruta con tal abundancia que era obligada la producción constante de conservas. Recordó entonces las tardes de agosto envasando tomates, removiendo mermeladas en la cazuela y pelando pimientos asados hasta que los dedos escocían. Hoy la imagen de aquel





huerto era desoladora: tan sólo un secarral devastado e impracticable que el calor del recién estrenado mes de julio consumía lentamente.

Bajo las escaleras que subían al primer piso, disimulada entre la pared estaba la entrada a una diminuta estancia que servía de despensa. La puertezuela estaba cerrada y no pudo abrirla de ningún modo pues el picaporte había desaparecido.

Decidió subir las escaleras pero con sólo apoyar el pie en el primer escalón toda la madera crujió de forma preocupante. Decidida como estaba a subir de todos modos, agarró con fuerza el pasamanos e inició la escalada. La segunda planta estaba atravesada por un largo pasillo flanqueado por seis puertas, tres a cada lado, que permanecían cerradas. El pasillo desembocaba en un mirador sin cortinas ni contraventanas que dejaba entrar la luz a bocajarro, cegando a Elsa momentáneamente ahora que ya se habían acostumbrado a la penumbra de la planta baja. Allí, todo su cuerpo se estremeció ante el paisaje que se le ofrecía. Bajo un cielo azul radiante se dibujaba la silueta del monte Mencilla, y en torno a él, una hilera infinita de montes densos de robles rodeando aquel valle. Deslumbrada, sucumbió a la emoción, incapaz de abarcar con la mirada y el corazón toda la Sierra de la Demanda que aquel mirador le mostraba. Apoyó la frente en el cristal y se sintió en casa.

—No debería haber subido ahí arriba —dijo una voz que le hablaba desde el piso de abajo.

Elsa, sobresaltada, caminó con sigilo hasta el borde de la escalera y preguntó:

—¿Quién es?

—Ilde. Baja cuanto antes —le ordenó la mujer—. A quién se le ocurre subir estando como están las escaleras. Tendrás suerte si no se desmoronan.

Confusa, obedeció y fue lentamente apoyándose en la pared. Al llegar abajo se vio frente a una mujer grande, de pelo corto y oscuro. Vestía una camisa azul marino y una falda negra y tosca. Sobre la ropa llevaba una bata que algún día fue azul y que, a juzgar por las manchas, ejercía de delantal.

—La puerta estaba abierta... —dijo la mujer tratando de justificar su entrada en la casa sin permiso ninguno— Tú debes de ser Elsa, ¿no? La sobrina de Luis.

—Sí.





—Yo soy Ilde, una prima de tu tía Manuela, así que somos medio familia.

Elsa, perpleja le tendió su mano como saludo.

—Seremos primas segundas, creo yo —respondió ésta sin mostrar ninguna emoción y apretando la mano de Elsa con desgana—. Ya pensábamos que nunca vendrías por aquí.

—Pues han tenido que pasar 30 años pero... aquí estoy. Dispuesta a arreglar la casa y a pasar un tiempo por aquí.

El rostro de la mujer se tornó en una mueca de evidente desagrado.

—No puedes quedarte en esta casa, mira como está.

—No, en la casa no. Me alojaré en Salas y vendré todos los días hasta que....

—¿En Salas? —interrumpió Ilde— ¿Cómo vas a irte a Salas pudiendo quedarte en el pueblo?

—¿Aquí hay algún alojamiento?, ¿un hostel o algo parecido? —aventuró Elsa temiendo por un instante que su recién descubierta prima estuviera ofreciéndole su propia casa, lo que, aunque pudiera parecer halagüeño, la espantaba.

—Un hostel no —contestó Ilde—. El Martín alquila una cabaña allá arriba, detrás del bar. Una de esas cabañas de madera con cocina, baño y de todo. La tiene para los cazadores vascos que vienen en primavera y en otoño, pero ahora está libre. Ya hablo yo con él.

—No hace falta, de verdad... —tampoco aquella opción era lo que tenía pensado.

—Anda, no digas bobadas —zanjó su prima bruscamente—, no vas a estar todos los días yendo y viniendo. Ahora le pido las llaves y te instalas enseguida.

Y dando el tema por resuelto, Ilde se dio la vuelta, salió de la casa y cerró el portón tras de sí dejando a Elsa de una pieza a los pies de la escalera.

Inmóvil, escuchando el crujir de la madera y el revoloteo de las aves que anidaban dentro de la casa pensó que quizá no era tan mala idea quedarse alojada en el pueblo. Salas de los Infantes se encontraba a más de media hora de distancia y la única carretera de acceso estaba cuajada de baches, socavones y badenes, como había podido comprobar a su llegada.

Aún sin poder creerse que al fin se encontrara en aquel pueblo que tantas veces había evocado, dentro de la casa que un día consideró su





hogar, se sintió feliz al comprobar que había sido capaz de hacer real un anhelo persistente desde su infancia. Paseó de nuevo por la casa deslizando su mano por las paredes; salió al exterior y recorrió lentamente su contorno, hasta que al rodear la casa se sintió observada por un muchacho que, a cierta distancia, la miraba con curiosidad.

El calor se hacía cada vez más intenso y tenía la garganta seca después de haber respirado tanto polvo en el interior de la casa así que arrancó el coche y se dirigió hasta el bar. Éste se encontraba en la plaza y era, a su vez, tienda de ultramarinos, bazar, local social, sala de reuniones y núcleo principal de toda la comunidad de vecinos. Lo regentaban Pedro, un hombre canoso de mediana edad. Marga, su mujer, se ocupaba de la cocina y de la tienda. El matrimonio tenía dos niñas pequeñas: Marta y Laura. Ellas constituían toda la población infantil del pueblo.

Entró en el bar tratando de pasar desapercibida, con la cabeza gacha y ocupando una esquina de la barra, pero ese propósito resultó del todo inútil pues apenas posó un pie dentro del local, se hizo el silencio y todas las miradas se posaron en ella. Incomoda, pidió un refresco parapetada junto a la pared, sin levantar la cabeza. Pasados unos minutos, las conversaciones detenidas volvieron a rodar. Al fondo de la barra un grupo de hombres sexagenarios charlaba animadamente. Uno de ellos destacaba por su altura y delgadez, así como por su mirada traslúcida y una tez extremadamente pálida, pese a ello cálida y amable. Vestía de un modo particularmente elegante y permanecía inmóvil, como un mero espectador de la conversación en la que estaba sumido. A su lado, otro hombre grande, de pelo y barba negro, voceaba y acompañaba sus palabras con golpes en la barra; parecía enfadado y se giraba constantemente para mirarla con el ceño fruncido. Elsa, queriendo evitar volver a cruzar su mirada con la de aquel hombre tan hostil, se detuvo en otro, algo más joven, que garabateaba sobre una libreta sentado en una de las mesas del bar. No parecía reparar en ella, concentrado como estaba en su tarea. Sólo levantaba el lapicero del papel para tomar sorbos de cerveza. De pronto la puerta del bar se abrió y entró el mismo muchacho que antes la había estado observando junto a su casa. Era alto, tenía el pelo rojizo y alborotado y un rostro aniñado. Echó un vistazo al bar hasta que reparó en Elsa y se dirigió directamente hacia ella.

—Soy Jaime, el hijo de Ilde.





—Hola.

—Me ha dicho mi madre que vas a arreglar la casa de Luis —el muchacho se mostraba sinceramente emocionado con esa posibilidad.

—Sí, así es.

Otra vez el bar se quedó en silencio.

—Pues cuenta conmigo, yo sé hacer de todo y podría ayudarte...

Una potente voz interrumpió en el bar.

—¿Entonces es verdad? Al fin la heredera ha decidido hacerse cargo de la casa. ¡Aleluya!

El que hablaba era Godo, el hombre robusto y peludo al que apenas se le distinguía el rostro, oculto tras unas cejas y una barba excesivamente pobladas. Elsa se sintió incómoda y molesta tanto por el término “la heredera” como por el tono despectivo con el que había sido pronunciado.

—Va a costarle mucho dinero poner esa casa en condiciones, aunque creo que su tío le dejó una buena fortuna...

—Eso no es asunto suyo —le contestó Elsa cortante.

—¡Qué sabrá usted de mis asuntos, “doña heredera”!, esa casa es más asunto mío que suyo —bramó Godo lanzándola una dura mirada y conteniendo su rabia.

Ofendida por aquella intromisión tan grosera, dejó el vaso que sostenía en la barra de forma tan precipitada que cayó al suelo haciéndose añicos. Visiblemente nerviosa trató de alcanzar la puerta, pero Jaime se interpuso en su camino.

—Entonces... ¿puedo ser tu ayudante? —suplicó.

Elsa trató de apartarle sin darle ninguna contestación.

—Pero he oído a mi madre decir que vas a quedarte varios meses —insistió saliendo tras ella—, y aunque ella crea que no durarás aquí ni una semana, yo estoy seguro que sí, pero necesitarás ayuda con esa casa. Yo tengo experiencia y sólo te cobraré 30 euros al día, sábados incluidos, lo que serán... —el muchacho cerró los ojos y calculó ayudándose de los dedos—, más o menos unos 780 euros al mes —concluyó ya sin aliento.

Elsa buscaba sin escuchar las llaves del coche en sus bolsillos hasta que reparó en que había olvidado su bolso en la barra. Respiró profundamente y volvió sobre sus pasos. El hombre que antes estaba sentado en una mesa se había levantado posando el lapicero sobre





una de sus orejas y sostenía su bolso. Elsa lo cogió con brusquedad y se giró para salir de nuevo cuando Ilde entró por la puerta.

—Estabas aquí... —dijo al verla—, te he ido a buscar a la casa y no te encontré. Éste es Martín, el de la cabaña —dijo señalando al hombre que le acababa de entregar su bolso

—Encantado —la saludó con un breve asentimiento.

—Ya la he dicho que se quede en la cabaña —informó Ilde a Martín—. ¿Ahora no tienes a nadie, verdad?

—No. ¿Hasta cuándo la necesita? —preguntó Martín a Ilde ante el estupor de Elsa que miraba a uno y a otro sin que ninguno de los dos se dirigieran directamente a ella.

—Pues supongo que hasta finales de verano o algo más, esa casa necesita mucha obra para ser habitable... —especuló Ilde.

—¡Y mucha madera! —gritó de nuevo Godo desde el fondo del bar— Y si no ya lo veremos, ya vendrá a mí...

Ignorando los bramidos de Godo, Martín se dirigió de nuevo a Ilde:

—Bien, hasta octubre no la tengo pedida —le confirmó.

—Pues dame la llave y ya me encargo yo de llevarla hasta allí.

—Aún no tengo claro que... —trató de intervenir Elsa.

—Es mucho mejor que un hostel y encima está aquí mismo —repuso Ilde dando por zanjada cualquier posible oposición de su prima.

—Toma —Martín entregó una pequeña llave a Ilde—. Hay sábanas y toallas en el armario del dormitorio. Si hace falta algo más, dímelo.

La mujer tomó la llave, abrió la puerta del bar y sin decir ni una palabra comenzó a caminar. Elsa la siguió con premura los apenas 50 metros que separaban el bar de la cabaña.

La Cabaña estaba situada junto a la era que hacía las veces de parque infantil, zona deportiva y campa para eventos, justo donde empezaba el camino hacia uno de los cotos de caza más grandes de toda la provincia. Era una cabaña prácticamente nueva, bien equipada, amplia y limpia. Disponía de dos espacios definidos: Se entraba a un salón con una cocina americana y, a continuación se pasaba a una habitación con una cama amplia, un armario empotrado y un baño contiguo. Tras las breves explicaciones que Ilde le dio sobre el funcionamiento de los electrodomésticos, dejó la llave sobre la mesa del salón y salió por la puerta.





—Para el precio ya te arreglarás tú con el Martín —Le advirtió Ilde antes de cerrar tras de sí.

Abrumada por el torrente de emociones que había experimentado desde su llegada a Iglesiapinta, apenas unas horas antes, Elsa se sentó sobre la cama sin aliento presa de una creciente ansiedad. Así permaneció casi una hora hasta que comprobó desde la ventana que no había nadie en la calle y volvió hasta su coche, sacó las maletas y empezó a ordenar todas sus cosas en armarios y estantes. Necesitaba mantenerse ocupada a pesar de estar cansada. No era sólo un cansancio físico, era un agotamiento que venía de lejos, un cansancio interior que había ido acabando con ella en los últimos años.

Ordenó y limpió la cabaña a un ritmo frenético, quería llorar pero no se lo iba a permitir, no había llegado hasta allí dejándolo todo atrás para rendirse tan rápido y llorar. No. De ninguna manera.

Entonces llamaron a la puerta.

Se quedó en silencio e inmóvil. Y volvieron a llamar.

—¿Quién es? —preguntó.

—Martín Losada. Tu casero.

Abrió la puerta y allí se encontraba un hombre de cabellos oscuros y sienes encanecidas, ojos pequeños y mirada nerviosa. Llevaba en una de sus manos un plato tapado con papel de aluminio y en la otra una botella de vino. No le pasó por alto el concienzudo aseo al que se había sometido. Aún así, el extremo de sus dedos y el dorso de sus manos seguían tiznados.

—Venía a abrir la llave del agua porque imagino que Ilde ya la habrá contado donde está todo y... pensé que tendría hambre. Es una tortilla y un poco de vino.

Lo cierto es que sí se encontraba hambrienta. Llevaba sin comer casi todo el día.

—Ya hablaremos del precio, dependiendo del tiempo que vaya a quedarse —dijo mientras se agachaba bajo el fregadero y giraba una manivela—. No tengo inquilinos desde hace tres meses así que seguramente las tuberías irán un poco lentas y alguna luz puede fallar. Si eso pasa, sólo tiene que avisarme y lo arreglaré.

—Está bien. Gracias —le respondió de forma escueta.

—Pues nada... que le aproveche.

Martín abrió la puerta para marcharse cuando sintió la necesidad de disculparse por el momento de tensión vivido en el bar. Desde





que la vio esa tarde, tan atemorizada y a la defensiva, surgió en él un instinto de protección inmediato hacia aquella mujer que se introducía en su pequeña comunidad sin haber sido invitada. Godo se había comportado de un modo grosero, pero era Godo, y esa casa significaba para él mucho más de lo que nadie en el pueblo podía llegar a entender.

—No quiero parecer un entrometido —se excusó—. Venir a saludarla y traerle algo de cena me pareció lo más adecuado después del recibimiento que le hemos dado en bar. Debe disculpar a Godo, el hombre que le gritó, es así siempre, ya se acostumbrará.

—Bastará con no cruzarme con él.

Martín sonrió.

—Éste es un pueblo pequeño, no se puede evitar a nadie y mucho menos a Godo, teniendo en cuenta que va a arreglar esa casa...

—¿Qué tiene que ver él con la casa? —preguntó Elsa sin disimular su asombro.

Martín cerró la puerta.

—Godo trabajó varios años con su tío Luis en el aserradero y lo heredó a su muerte. Considera esa casa como algo de su propiedad aunque no le pertenezca. No sabría explicarle por qué. Siempre se refiere a ella como si se tratara de un ser vivo y, si alguna vez he visto un atisbo de ternura y emoción en él, ha sido hablando de la casa de Luis Otero.

Lejos de mitigar su asombro, aquella explicación lo aumentó.

—¿Quiere quedarse a cenar? —le invitó— Es mucha tortilla para mí sola.

Martín accedió complacido. Tenía tanto interés por conocerla como ella por ir desvelando alguna de las intrigas que surgían en torno a su llegada.

—Yo venía aquí los veranos siendo niña —le narró Elsa mientras cenaban—, pero no recuerdo a nadie. Tampoco a usted. ¿Ha vivido siempre aquí?

—Siempre, pero tuteémonos... —dijo sonriendo— Soy algo mayor que tú y sí tengo el recuerdo de una niña en esa casa, pero después de 30 años no te hubiera reconocido. Nadie en el pueblo lo hubiera hecho. Ilde se encargó de ponernos sobre aviso en cuanto llegaste.

—Ilde... Se presentó como mi prima pero no tengo constancia de tener ningún familiar aquí.





—Los árboles genealógicos de toda esta región son un misterio para mí también. Esta zona ha estado siempre muy aislada y la endogamia era norma.

Elsa rió. Empezaba a sentirse cómoda en compañía de aquel hombre.

—¿Vas a quedarte todo el verano? —preguntó Martín.

—He pedido un año sabático así que es probable que me quede algo más de tiempo.

Martín abrió la botella de vino y sirvió dos copas.

—Brindemos por eso —propuso—, por esa decisión y porque la mantengas. Éste no es un lugar fácil.

—Ya me he dado cuenta...

—Cuenta conmigo para lo que necesites, te vendrán bien todas las manos que puedas conseguir. Por cierto, deberías reconsiderar lo de tener a Jaime de ayudante. Es un muchacho fiable, entusiasta y muy trabajador, además te facilitará la relación con los vecinos. Un valor seguro. Te lo recomiendo.

—Está bien, lo pensaré.

—Y quiero que sepas que tienes en mí a un amigo —le dijo a modo de brindis—. No es mucho pero algo es algo.

Elsa sonrió agradecida y bebió un poco de vino. Y puede que fuera la cena, puede que se tratara del trago de vino o seguramente la mirada sincera y amable de Martín, lo que provocó en ella un sentimiento de bienestar que la hizo olvidar los temores que durante las últimas semanas habían ido adueñándose de todos sus pensamientos y sus decisiones. Estaba disfrutando de una agradable charla, de una buena cena y de un delicioso vino. En ese momento no podía pedir más.

—Muchas gracias por el apoyo... y la tortilla. ¿La has preparado tú?

—¡Por supuesto! —aseguró fingiendo un orgullo desmedido—, aunque reconozco que yo la prefiero menos cuajada. Una buena tortilla de patatas debería comerse con cuchara.

—Eso también lo decía mi tío...

Recordó las noches de verano en el porche de la casa con la que hoy se había vuelto a encontrar, junto a sus tíos, frente a una tortilla de patatas que flotaba sobre el plato.

—Lo de venirte a este pueblo desde Madrid para arreglar una casa en ruinas, ¿es por una apuesta que perdiste, por un ataque de estrés, una llamada divina...?





Elsa se rió.

—La culpa la tiene un divorcio traumático, una hija adolescente, un trabajo por el que ya no sentía ningún interés y una ciudad que me asfixiaba.

Martín dio un largo silbido.

—¿Seguro que no te has dejado nada? —bromeó.

Los dos rieron. Era sencillo conversar con Martín. Elsa se sentía cómoda y relajada. Él bromeaba y ella le seguía la broma, él se reía con franqueza y a ella no se le borraba la sonrisa. Era su primera conversación, su primer encuentro, pero parecían viejos amigos. Eso pasa en contadas ocasiones.

Martín le habló de las decenas de veces que había sido tema de conversación en el bar el pasado y el futuro de esa casa, de las especulaciones sobre su propietaria y las intenciones de ésta para reformarla, venderla o dejarla caer. Elsa le enumeró las dudas que la acompañaron en su decisión de irse de Madrid, de la incertidumbre constante y de la inseguridad con la que, a su pesar, afrontaba esta aventura.

—Espero que tengas suerte, Elsa —le deseó sinceramente acercándose a ella.

—Yo también —susurró ella—, yo también...

—¡Qué valiente eres!

Aquel halago la ruborizó hasta tal punto que sintió cómo se la encendían las mejillas.

La cabaña se quedó en silencio mientras Elsa y Martín se miraban.

Un golpe seco en la puerta de la cabaña rompió el momento. Elsa se levantó turbada y abrió. Era Jaime.

—He decidido bajarme el sueldo —dijo apenas entró.

—¿Qué... qué sueldo? —preguntó atónita.

—Cuando le he dicho a mi madre lo que me íbas a pagar por ser tu ayudante se ha enfadado tanto que... dice que no me aproveche de tu situación y que 20 euros al día son más que suficientes, porque, bueno, tampoco voy a estar siempre contigo, tengo que llevar las cabras al monte y ayudar con los quesos, pero no te apures, eso no me lleva mucho tiempo. El resto del día soy todo tuyo. Lo estoy organizando. ¿Tú qué opinas Martín?

—Creo que es justo —contestó levantándose y saliendo por la puerta—. Hasta mañana.





—Hasta mañana —respondió Elsa mirándole desaparecer en la oscuridad de aquella sofocante noche de verano.

—Bien —dijo Jaime saliendo a continuación—. Ah, y mañana te esperamos para desayunar. Mi madre te ha preparado bollos de azúcar. La casa no tiene pérdida, es la tercera girando por allí, la del corral grande. Ven temprano.

—Gracias. Iré temprano.

Aquella noche Elsa tampoco logró conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada, pero esta vez no era ninguna de las preocupaciones, frustraciones ni fracasos que la había acompañado los últimos años lo que la desvelaba.

